

zón á la pobre Margarita, y entró con ella en su coche, que tomó á galope el camino de la quinta.

—¡Adiós!...—murmuró el monje,—¡adiós! ¡Me has vencido!... ¡Para ti, la dicha... el amor... el placer!...; ¡para mí, la tristeza... la soledad!...; ¡para el infeliz Adriano, la muerte, como su hermana!... ¡¡Cúmplase la voluntad de Dios!!

CAPÍTULO OCTAVO

EL PERDÓN

Ya había tendido la noche su negro manto reemplazando á los fulgores del sol que alumbrara el siguiente día de aquel en que la gente que acudió á ver la profesión de la joven Baronesa de Medina, se dispersó silenciosa y descontenta. Los buenos zaragozanos hubieran preferido dejar para siempre sepultada entre las paredes del convento á la joven, á ver aparecer al esposo, por extraño que esto fuese, y les parecía que el espectáculo quedaba incompleto y que no era justo haberles incomodado para tan poca cosa.

Pero dejémosles quejarse á su sabor; dejemos á las lindas muchachas enfadarse, y volvamos al convento en que durante tanto tiempo se habían albergado el dolor y los proyectos de venganza del Marqués de Santa Fe.

Las nueve de la noche acababan de sonar en el reloj del convento, cuando el Barón de Medina llegaba á la puerta á caballo, lo mismo que el lacayo que le acompañaba; apeóse este último y llamó. Pronto se oyeron detrás de la puerta los pasos lentos é iguales del lego, y un momen-

to después se oyó su voz hueca y sepulcral que preguntaba:

—¿Quién es?

—Abra usted, hermano—contestó el Barón:—soy un caballero que necesita ver al padre Ambrosio en este instante.

—El padre Ambrosio—contestó la voz—acaba de llegar de un largo viaje y no puede recibir á nadie.

—Tenga usted la bondad de decirle que el Barón de Medina desea hablarle, y estoy cierto de que consentirá en recibirme.

Alejóse el lego murmurando entre dientes palabras ininteligibles, cuyo rumor podía tomarse así por rezos como por imprecaciones. El Barón ató su caballo á un árbol, ordenó á su lacayo que no se apartase de allí, y se puso á pasear por delante de la puerta del convento.

La noche, aunque oscura, estaba tranquila y estrellada; los inmensos viñedos y los dilatados olivares que se extendían al frente del convento aparecían como una interminable llanura negra, y las aéreas agujas del monasterio se elevaban rectas y altivas hacia el azulado cielo.

La fisonomía de Alberto retrataba una ansiedad profunda; de vez en cuando se paraba enfrente de aquel edificio y clavaba en él sus ojos con una expresión de angustia dolorosa; empero ni una sola luz se descubría, ni se oía el más leve rumor.

—¿Será acaso que no quiere volverme á ver?... —murmuró.—¿Se negará á concederme esta última entrevista? ¡Oh, no, no... eso no puede ser!... Él es tan bueno... tan generoso... que no es posible me guarde odio por el fallo del cielo... y yo... yo necesito su perdón para ser feliz...

Interrumpióse al decir esto y escuchó; le parecía oír de nuevo los pasos del lego, y se acercó á la puerta que se abrió pocos momentos después.

—Sígame usted; el padre Ambrosio consiente en recibirle—dijo con tono brusco y grosero y procurando herir el amor propio del caballero con la palabra *consiente*, para hacerle pagar con esta mortificación el que le hubiese incomodado.

Mas el lego no consiguió vengarse, porque Alberto echó á andar apresuradamente sin poner atención más que en la frase *sígame usted*.

Llegaron por fin á la celda del padre Ambrosio, que de pie en el umbral esperaba su visita. El lego se retiró, y el religioso entró seguido de Alberto.

—¿Y Margarita?—fueron las primeras palabras del monje.

—Tranquila y feliz ya, señor—contestó Alberto con voz profundamente conmovida.—Sí, feliz, porque lo sabe todo y ella es quien me envía á implorar el perdón de usted.

—¡Pobre niña!—exclamó el religioso, en cuyos ojos brilló una lágrima;—¡bien digna es de que la ames!

Calló después de pronunciar estas palabras, é inclinó la frente con tristeza: aquella alma heroica y llena de abnegación se destrozaba pensando que toda ventura era perdida para su hermano, para el pobre huérfano á quien amaba como si hubiera sido hijo suyo. Alberto conoció lo que pasaba en el corazón de aquel mártir.

—Señor—dijo con un acento que revelaba su profunda conmoción,—cuando he dicho que Margarita era feliz, me equivocaba: ni ella ni yo podemos serlo mientras no me dé usted su perdón... La esperanza de conseguirlo es la que sostiene nuestras ideas de ventura; si me lo niega usted... ¡Oh, entonces... estoy seguro de que no podríamos ser felices sobre la tierra!

—Sedlo, pues—dijo el monje extendiendo al Barón su descarnada mano;—sed felices, hijos míos... Para ti, Alberto, mi perdón y mi bendición también—añadió colocando sus manos sobre la frente del caballero, que se dejó caer de rodillas, á los pies del santo, é inclinó la cabeza para recibirla.

—Sí—continuó,—yo te bendigo, Alberto, porque con tu virtud me has impuesto el deber de ser bueno y perdonarte; yo te perdono, porque has expiado el daño que me causaste, con largos años de amargos sufrimientos; te perdono, porque así me lo manda el mismo Dios. Aunque no fueras el más noble de los hombres, te hubiera perdonado también por el amor que ha sabido

inspirarme tu hermosa Margarita: su dulzura ha templado la hiel en que rebosaba mi corazón; su candor ha llevado gratas sensaciones á mi alma destrozada de dolor, y mis furiosos proyectos de venganza han desaparecido bajo la influencia de su santa virtud, de su angélica piedad.

Un rayo de orgullo y de alegría brilló en los ojos de Alberto.

El religioso lo advirtió, sonrió levemente con una indescriptible expresión de ternura, y luego continuó:

—Tú no sabes, Alberto, hasta dónde llegaban mis proyectos de venganza. Adriano te creía muerto, y me consideraba como tu asesino porque me vió blandir un puñal sobre tu cabeza la noche de tu agonía, y yo... lejos de desengañarle, le pedí que me acusase como matador tuyo el día en que yo se lo exigiese, porque no te creí tan noble, y temí que, á pesar de la señal con que desfiguré tu rostro, te hicieras reconocer de Margarita... En mi odioso rencor hubiera preferido un cadalso á devolverte tu esposa, y con ella la dicha que me habías arrebatado á mí. Pero el cielo impidió la ejecución de mi venganza, y fué piadoso para los dos privando á mi hermano de sentido en el momento en que iba á lanzar la sacrilega acusación sobre mi cabeza, cuando te apareciste en el convento al tomar el hábito Margarita.

Calló el Marqués, y un estremecimiento doloroso recorrió su ser todo.

—Entonces— prosiguió después de algunos instantes de silencio,—si Dios no hubiera extinguido la voz en los labios de mi hermano, hubieras aparecido como un impostor, porque casi todos los concurrentes sabían que el Barón de Medina había muerto en su quinta, pues casi todos asistieron á los magníficos funerales que hice celebrar por el descanso de su alma; y los ojos de Margarita, desmayada, no tenían luz para reconocerte, ni su yerto corazón podía hablarle. Entonces, ella hubiera pronunciado los votos que la separaban para siempre del mundo, y la ley nos hubiera llevado, á ti, al destierro por impostor; á mí, al cadalso por asesino... ¡Margarita es el ángel que, con sus blancas alas extendidas al borde del abismo, ha impedido que nos precipitéramos en él!...

—¡Bendita sea!—exclamó el Barón.

—Un solo dolor me aqueja—dijo el monje tras una breve pausa, durante la cual desapareció de su fisonomía la santa expresión que la animaba, para dar lugar á otra de sumo y agudo sufrimiento;—este dolor lo ocasiona el ver para siempre destruida toda la dicha de mi infeliz hermano. ¡Oh, Dios mío!—continuó, alzando sus ojos á la bóveda celeste, tachonada de estrellas.—Tú sabes que no me quejo, y que admito esta desgracia como un castigo del sangriento rencor, de la terrible sed de venganza que he alimentado durante tantos años. Tu justicia es eterna é inmutable,

por más que tu piedad sea infinita y esté llena de amor...

Un largo silencio, que el Barón no tuvo fuerzas para romper, sucedió á estas palabras; pero el Marqués pasó una mano por su frente inspirada y radiante de una augusta expresión, y se levantó, imitándole el esposo de Margarita.

—Adiós, Alberto—dijo:—vete tranquilo y feliz, y sobre todo haz muy dichosa á Margarita, porque su ventura me es muy cara... Yo voy á preparar á mi hermano la copa de dolor que debe apurar hasta las heces...

Ni una sola palabra de despedida pudo pronunciar el Barón; mas al salir de la celda, llevó á sus labios una mano del religioso, y la mirada que elevó al semblante del santo mártir pudo decirle hasta qué punto rebosaba su corazón de amor y gratitud.

El lego abrió al Barón la pesada reja, y montando éste á caballo, tomó al trote el camino, seguido de su lacayo; más de una vez levantó al cielo sus negros ojos, y más de una también se le oyó murmurar:

—Tú, que á los mártires del cuerpo dabas la gloria y enviabas coronas y palmas con tus ángeles antes de dejar la vida, ¿qué darás, Señor, á este mártir del corazón?

CAPÍTULO NOVENO

¡HERMANO!

Eran apenas las doce de un hermoso aunque frío día de Enero. Las gentes transitaban ya hacia dos horas por las calles, y se veían algunas jóvenes con elegantes trajes de mañana, que seguían las aceras, estrechas entonces, de la siempre heroica ciudad, buscando un rayo de sol que hiciese brillar sus ojos á través de los velos mentirosos de los sombreros ó de las mantillas de encaje que permitían lucir sus perfumadas cabezas.

Un religioso de la Merced, montado en una mula, llegó á la puerta llamada de *Santa Engracia*, y apeándose con más ligereza de la que podía esperarse de su aspecto enflaquecido, entregó las bridas á un criado y se internó en el centro de la ciudad.

Aquel religioso era el padre Ambrosio. Caminaba lentamente con las manos enlazadas y la blanca capucha echada casi hasta cubrirle el rostro; cuando el temor de tropezar le hacía levantar la cabeza, no se veían más que dos ojos grandes, pardos y que debían haber sido de extraordinaria hermosura, pero apagados y hundidos á fuerza de sufrir.

Llegó por fin, eligiendo las calles más solitarias, á una de las fondas mejor acreditadas de la ciudad, y preguntó á uno de los criados que estaban en la puerta, por el cuarto de don Adriano de Mendoza; el doméstico se levantó y rogó al religioso que le siguiera.

—Aquí tiene usted el cuarto que busca, padre—dijo mostrándole, al llegar á una extensa galería llena de puertas, una mayor que las otras; y desapareció saludando con aquella atención un tanto irónica, peculiar sólo de los criados de fonda.

El padre Ambrosio abrió sin hacer ruido la puerta, y se detuvo en el umbral, contemplando el cuadro que tenía ante sus ojos.

El aposento era espacioso y estaba amueblado con ostentación. El rojo sol de aquel sereno día penetraba ya por los cristales de los balcones, pasando por entre las desnudas ramas de los árboles del jardín, é iba á reflejar en dos anchos espejos con dorados marcos. Las colgaduras blancas y de color de paja, y la sillería de este último color, contribuían á dar un aspecto risueño á aquella habitación.

Mas toda impresión de alegría se desvanecía enteramente al fijar los ojos en la persona que la ocupaba; sentado el joven artista en el rincón más sombrío del aposento, y situado enfrente de una encendida chimenea, sostenía con su mano derecha la abatida frente y apoyaba el codo en el

brazo del sillón; su bata de raso oscuro aumentaba la palidez de su semblante, y sus grandes ojos, rodeados de un profundo surco azulado, patentizaban el insomnio doloroso de las eternas noches del invierno; tenía descubierta la cabeza, y sus espesos cabellos castaños se rizaban libremente.

El religioso le contempló durante largo rato, porque no se había hecho anunciar, y el rumor de la puerta no fué bastante á sacar al joven de su letargo. Un ahogado sollozo desgarró la garganta del religioso, pero llevó las manos al corazón y pudo comprimirlo; después cerró la puerta y se adelantó lentamente, sin quitarse la capucha y sin que el joven se apercibiese de sus pisadas.

—¡Adriano!—dijo con dulce acento, ya enfrente de él.

Levantó el artista la cabeza y fijó en el monje su mirada; poco á poco se aumentó su palidez y sus pupilas se dilataron espantosamente.

—¡Oh!—murmuró con voz ahogada;—el fraile que...

—Que asesinó al Barón de Medina, ¿no es verdad? ¿Es eso lo que quieres decir, Adriano?—dijo el religioso viendo que el joven no se atrevía á concluir de formular su pensamiento.

—¡Oh, Dios mío! ¡Esa voz!...—exclamó Adriano, que desde los primeros acentos del padre Ambrosio parecía estar pendiente de sus labios; —¡esa voz... la conozco yo!

—El Barón de Medina, sin embargo, vive como sabes, y él es quien se ha llevado á Margarita, porque tenía para ello un derecho que le ha concedido el mismo Dios.

Al oír evocar este recuerdo, dobló la frente el desdichado joven para ocultar dos gruesas lágrimas que brotaron de sus párpados. Su espanto al volver á ver á aquel religioso que tantas veces se le aparecía en sueños blandiendo su largo puñal sobre la cabeza del moribundo Alberto, su ansiosa atención al escuchar su voz, todo, en fin, desapareció ante el recuerdo amante de Margarita, sintiendo con más fuerza que nunca el dolor de haberla perdido para siempre.

—¡Ya no la veré más!...

Estas palabras, arrancadas con amargura de lo íntimo de su alma, tradujeron su pensamiento al padre Ambrosio. Este guardó silencio y echó hacia atrás su ancha capucha; quitóse el hábito, cuyos largos pliegues besaban el pavimento, y su elevada estatura apareció austera y majestuosa, realizada por un traje negro.

—¿Me conoces, Adriano?—dijo poniéndose delante del joven y cruzando sus brazos sobre el pecho.

—¡Ah... don Justo!—gritó el artista con una expresión de alegría indecible y tendiéndole los brazos.

Mas el tutor de Margarita se retiró dos pasos; despojóse rápidamente del holgado gabán que le

abrigaba, y á los ojos asombrados del joven se mostró vestido con severa elegancia, como para una noche de baile.

Un frac negro dibujaba su talle aristócrata y esbelto y armonizaba perfectamente con el pantalón del mismo color; su chaleco blanco, de suma sencillez, dejaba ver una riquísima camisa, en cuya pechera lucían tres pequeños botones de oro que formaban otras tantas flores de lis; habíase quitado la peluca castaña de don Justo, que arrojó en el sillón con el hábito y el gabán, y su corbata, de batista blanca también y bordada, hacía resaltar sobremanera la palidez de su rostro y la nobleza de su ancha frente.

Admiraba la forma de su pie encerrado en un zapato bajo de charol, y su mano izquierda, que metió rápidamente en un fino y perfumado guante blanco, presentaba en su figura la pureza de la raza más distinguida.

—Mira aún más allá en tus recuerdos, Adriano—dijo con una voz que tornó lívida la frente del joven;—deja á Nápoles, á don Justo, á Margarita; retrocede á Madrid hace catorce años, y me reconocerás...

Al decir estas palabras, se colocó enfrente del artista é introdujo en el pecho la mano que había quedado sin guante, haciendo que brillasen al sol los pequeños botones de oro de su camisa.

Conforme se había ido efectuando aquella metamorfosis, el semblante de Adriano había ido ad-

quiriendo una expresión de asombro difícil de pintar. Habíase levantado del sillón al reconocer á don Justo, mas quedó clavado en el mismo sitio al separarse éste. Cuando la mutación fué completa, cuando la voz de aquel hombre llegó á su oído, pasó la mano por su frente cubierta de helado sudor, y balbuceó estas palabras en voz tan baja que apenas se percibía:

—¡Dios mío!... ¡es él!... ¡Oh, es mi...! ¡No... sí... no puede ser!...

El pobre joven, debilitado por largos días de sufrimiento, vaciló y tuvo que apoyarse en un sillón para no caer; Luis de Girón le sostuvo.

—Vuelve en ti, Adriano—dijo.—Mírame. ¿No recuerdas el gran retrato que tanto te llamaba la atención en tu infancia? ¿No reconoces estas flores de lis de oro, que tú mismo me diste el día de San Luis? Di, ¿no me conoces?

Desprendióse el joven de sus brazos, se aproximó al balcón con aquel hombre extraordinario, clavando su extraviada mirada en las pequeñas flores de oro que adornaban su pecho, llenáronse sus ojos de lágrimas, y alargó los brazos, exclamando con un acento dolorido arrancado de lo más íntimo de su corazón esta palabra:

—¡Hermano!

—¡Ah, gracias á Dios!...—gritó el Marqués, apoyando en su seno la cabeza del joven y cubriendo de besos su frente descolorida.

Durante algunos instantes palpitaron juntos aquellos dos nobles corazones; las lágrimas de entrambos se confundieron; y en aquel momento supremo el pobre huérfano comprendió al fin quién era su bienhechor.

De súbito levantó la cabeza, y sin soltar la mano del Marqués clavó en él los ojos con profunda ansiedad.

—¿Y mi hermana?—preguntó.

—¡En el cielo!—contestó con voz solemne el religioso de la Merced;—en el cielo, Adriano mío, rogando al Señor por fi.

Gruesas lágrimas brotaron de sus ojos á este doloroso recuerdo, é inclinó su frente sobre el pecho, besando la rizada cabellera del joven, que lloraba también.

—Ven á escucharme, hermano mío—prosiguió, conduciéndole á un sillón y sentándose él igualmente á su lado;—ven á saber mi vida entera desde que me separé de ti dejándote con mi malograda Isabel.

Obedeció el joven. Si algún observador invisible hubiera escuchado aquel largo y doloroso relato, se hubiera conmovido hondamente al comprender lo inmutable de la justicia de Dios. . . .

Al anoecer de aquel día se abrió la puerta del aposento del artista, que había permanecido constantemente cerrada desde la entrada del monje, y apareció el joven en el umbral, acompañado

del padre Ambrosio, que ya llevaba la capucha de su hábito sobre la frente. Adriano se arrojó en sus brazos y el religioso le estrechó en ellos con una indescriptible mezcla de pasión y de dolor.

Oyóse entre sollozos un ahogado adiós. El religioso se arrancó de los brazos del joven, y después de mostrarle el cielo con su descarnada mano se alejó rápidamente.

Ya le esperaba en la puerta de la fonda su criado, teniendo del diestro la misma mula en que había venido. El monje pasó la mano por sus ojos humedecidos, y montó trabajosamente saliendo al trote de la ciudad y tomando, seguido del criado, el camino que conducía á su convento.

En cuanto á Adriano, se dejó caer desfallecido en el asiento más próximo á la puerta y ocultó el rostro entre las manos.

FIN DE LA PARTE CUARTA